

REVISTAS

El Congreso morenista

Hugo Garciamarín

Desde hace mucho tiempo una fuerza política mexicana no acumulaba tanto poder como el oficialismo de nuestros días. La coalición formada por Morena, el Partido Verde Ecologista de México (PVEM) y el Partido del Trabajo (PT) para competir en las elecciones de junio bajo el lema Sigamos Haciendo Historia controla la Presidencia de la República y las gubernaturas de veinticuatro estados. Salvo que el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación (TEPJF) se incline por los argumentos opositores contra la sobre-representación del oficialismo en la legislatura, cosa que al cierre de esta edición se antojaba improbable, contará también con una mayoría calificada en la Cámara de Diputados y quedará a poco de alcanzarla en el Senado. Esa mayoría, a su vez, le permitirá remplazar a toda la judicatura federal con juzgadores afines. Con eso, el oficialismo completará su captura casi absoluta del Estado.

Un corolario de este cambio radical en la política mexicana es que el sistema de partidos del último cuarto de siglo —el tripartidismo dominado por el Partido Revolucionario Institucional (PRI), el Partido Acción Nacional (PAN) y el Partido de la Revolución Democrática (PRD)— ha dejado de existir. En su lugar ha surgido un nuevo orden, también tripartito pero muy distinto, compuesto de un bloque hegemónico liderado por Morena. Un débil bloque opositor que tras la extinción del PRD agrupa lo que queda del PRI y del PAN; y un “partido no alineado”, Movimiento Ciudadano, que se debate entre consolidarse como un avatar mexicano de lo que los británicos llaman *the loyal opposition* —una oposición que no cuestiona la legitimidad de quienes gobiernan o pone trabas serias a su proyecto— o asumirse como una izquierda que acompaña al partido en el poder aun cuando conserva su independencia *de jure*.

La pregunta que esta nueva correlación de fuerzas plantea es si nos encontramos en la antesala de un cambio de lo que el politólogo Octavio Rodríguez Araujo llama “estructuras de dominación”: los mecanismos, actitudes y reglas formales e informales con las que se ejerce el poder.

Todo parece indicar que ése es el caso: la coalición gobernante tiene todo lo que necesita para establecer nuevas prácticas y redefinir la cultura política, así como para cambiar la Constitución de tal suerte que estas innovaciones sean difíciles de revertir. No en balde autores como Mauricio Merino, Jesús Silva-Herzog Márquez y Ariel Rodríguez Kuri han empezado a hablar de un cambio de régimen.

Lo que no es evidente, sin embargo, es la forma concreta de esta nueva estructura de control. La coalición en el poder se consolidó como una fuerza política vertical en la que el expresidente Andrés Manuel López Obrador fungía como el único factor de unidad. Basta con recordar que el tabasqueño no enfrentó mayor resistencia a la hora de doblegar a Marcelo Ebrard, Ricardo Monreal y Adán Augusto López para favorecer a Claudia Sheinbaum al elegir la candidatura oficialista a la Presidencia. Incluso después de que su sucesora escogida resultara electa, López Obrador ha logrado imponer su voluntad en una de las decisiones más personales de cualquier presidente: la composición de su gabinete.

Una consecuencia del enorme poder personal de López Obrador fue que, durante su sexenio, los rituales del viejo presidencialismo funcionaron de forma cabal. Gobernadores, miembros del gabinete y legisladores no se cansaban de enaltecerlo; la agenda política giró en torno a sus declaraciones en la mañana; la pleitesía de comunicadores e intelectuales afines al régimen se convirtió en virtud ante los ojos del poder; y la mayoría de las decisiones políticas, tanto ejecutivas como legislativas, fueron prerrogativa del presidente de la República.

Ahora que López Obrador ha dejado Palacio Nacional estamos por descubrir si fortaleció la institución presidencial que su sucesora ha heredado o si la obediencia ritual era exclusiva para él. ¿Podrá Sheinbaum ser también el factor —o al menos un factor— de unidad en Morena y su coalición? ¿Será capaz de dirigir la agenda mediática de la misma forma que López Obrador? ¿Logrará aprovechar la enorme fuerza política que ganó en las elecciones para promover





Ilustraciones: Víctor Solís

su agenda? ¿O atestigüemos el derrumbe de una hegemonía personal?

Por el momento, existen indicios que sugieren que Sheinbaum no podrá disponer de la misma capacidad de mando que su predecesor. Basta con mirar la legislatura que acaba de asumir funciones, en la que un número importante de diputados y senadores oficialistas han declarado que apoyarán la agenda del expresidente por encima de aquella de Sheinbaum. El 6 de junio, por ejemplo, López Obrador anunció que se reuniría con la entonces presidenta electa para discutir las veinte reformas constitucionales que envió a la Cámara de Diputados a principios de año. Esa misma tarde, antes de que Sheinbaum tuviera oportunidad de posicionarse al respecto, los legisladores morenistas Ignacio Mier y Ricardo Monreal anunciaron que las propuestas del presidente se votarían en septiembre, apenas iniciada la nueva legislatura. Y en efecto: al cierre de esta edición, las reformas del presidente avanzaban en las comisiones de la Cámara de Diputados y estaban casi listas para ser votadas en el pleno.

La jugada de Monreal y Mier es una muestra del nada despreciable poder que ostentan quienes levantan la

mano en la Cámara de Diputados. No hay duda de que la correlación de fuerzas en dicha cámara favorecerá al oficialismo, pero sí la hay sobre el control que Sheinbaum podrá ejercer sobre ella. ¿El tan mentado nuevo régimen será tan vertical como el gobierno de López Obrador? ¿O será, más bien, un régimen en el que el poder de veto de ciertos legisladores será determinante? ¿Podrá la coalición morenista actuar de forma tan coordinada y efectiva como algunos esperan? ¿O se convertirá en una colección de facciones que perseguirán sus propios fines, incluso en detrimento del proyecto de la titular del Poder Ejecutivo?

Aún es pronto para saberlo, pero ya es posible identificar a algunos de los legisladores que se convertirán en actores clave para la articulación de la fuerza política del oficialismo. En primer lugar, parece que Sheinbaum ha concluido que, para controlar tanto la Cámara de Diputados como el Senado, no tiene otra opción que apoyarse en dos viejos adversarios: Ricardo Monreal y Adán Augusto López. La decisión de la nueva presidenta de favorecerlos con la coordinación de las bancadas del oficialismo provocó el disgusto en la coalición, sobre todo el de Gerardo Fernández Noroña, pues según el acuerdo entre quienes buscaban la candidatura a la



Presidencia, esas posiciones serían para los aspirantes perdedores que quedarán mejor posicionados en las encuestas del partido, como fue su caso.

Pero Fernández Noroña no tiene la pericia política de los coordinadores seleccionados por Sheinbaum. Es posible que ninguno de los miembros de la coalición gobernante conozca mejor el funcionamiento de la Cámara de Diputados —así como el arte de convencer, mediar y en última instancia someter— que Ricardo Monreal. Durante el sexenio de López Obrador, el zacatecano destacó por su capacidad de impulsar las reformas más complicadas, así como por su habilidad para sobrevivir al fuego amigo. Primero le ganó el control del Senado al jefe de Gobierno interino, Martí Batres, y después sorteó las críticas del grupo de senadores conocidos como Los Puros —por su supuesta ortodoxia de izquierda— durante el momento más álgido de la sucesión presidencial.

Estas cualidades de Monreal —así como la necesidad de apaciguar los ánimos de la coalición y de sus opositores al designar como líder de la bancada a una figura capaz de construir acuerdos— contribuyeron a que Sheinbaum se inclinara por el zacatecano por encima de un expresidente interino de Morena que se jactaba de su cercanía con la presidenta. Alfonso Ramírez Cuéllar contaba con el respaldo de Los Puros y con el apoyo de una figura central del partido, la exdiputada Dolores Padierna, cuyo añejo conflicto con Monreal se reavivó en fechas recientes por la supuesta traición que ella y su marido, René Bejarano, cometieron al sabotear la candidatura de Catalina Monreal, hija del nuevo coordinador morenista, a la alcaldía Cuauhtémoc de Ciudad de México.

El apoyo de Padierna y su grupo no compensó la incapacidad de conciliar con adversarios internos y externos que Ramírez Cuéllar demostró durante su estrepitoso fracaso a la cabeza del partido. Al preferir Sheinbaum a su antiguo enemigo Monreal, el favorito de Los Puros peleó por un premio de consolación: la vicecoordinación de la bancada. No queda claro qué podrá hacer desde allí: Monreal fue electo como coordinador de la bancada por unanimidad.

Además, el zacatecano pretende mantener su influencia en la bancada junto a uno de sus más viejos aliados: Pedro Haces Barba, quien lidera la Confederación Autónoma de Trabajadores y Empleados de México (CATEM) y mantiene lazos con el sector empresarial. Hace unas semanas, Haces compartió en su cuenta de X una foto tomada en su fiesta de cumpleaños en la que aparecen Carlos Slim, Miguel Rincón —amigo cercano de López

Obrador y presidente del Grupo Bio Pappel— y un sonriente Ricardo Monreal. En otra reunión pública, el zacatecano hizo todavía más explícita su cercanía con el empresario taurino: “Lo estimo mucho, lo aprecio familiarmente y me ha ayudado mucho desde hace años [...] me ayuda como segundo del nivel mío”.

La cuestión es que no todos los diputados que apoyan a Monreal son verdaderamente suyos. Muchos se prestaron, por decirlo de algún modo, Marcelo Ebrard y Adán Augusto López. Los dos antiguos aspirantes a la candidatura oficial a la Presidencia mantienen una alianza tentativa con Monreal —manifiesta en documentos de apoyo y en fotos que los tres han publicado en sus redes sociales—, pero no cabe duda de que a cambio esperan jugar un papel importante en la repartición de posiciones dentro de la legislatura. Uno de los diputados de Ebrard que probablemente tendrá un papel importante es Jesús Valdés. En cuanto a los legisladores que se deben a López, trascendió que el antiguo secretario de Gobernación impulsó, aunque sin éxito, al empresario Arturo Ávila —quien, dicen las malas lenguas, financió las campañas de más de un candidato afín a Adán Augusto— para el puesto de vicecoordinador.

Otro tanto de los diputados que apoyan a Monreal son miembros del Partido Verde y del Partido del Trabajo. Dichos legisladores resultarán fundamentales: de ellos depende que la coalición morenista tenga la mayoría calificada en el Congreso. Monreal presume que puede asegurar la complicidad de los legisladores de ambos partidos, en especial aquéllos del Verde, acostumbrados a fungir como satélites de partidos más grandes: primero el PAN, luego el PRI y ahora Morena.

Este papel de satélite le da una relevancia especial al Partido Verde, pero también lo que lo convierte en un aliado incómodo. Su función, en primer lugar, es llevar a la cámara a personajes polémicos que no tienen cabida en Morena, pero que tienen mucho poder político o económico. Un ejemplo es Luis Enrique Miranda, hijo del exsecretario de Desarrollo Social de Enrique Peña Nieto, Luis Miranda Nava, quien será diputado por el distrito 26 del Estado de México. También está el caso de Carlos Enrique Canturosas, expanista y antiguo alcalde de Nuevo Laredo, exiliado en el extranjero después de acusaciones por vínculos con el narcotráfico, y quien será diputado por el distrito 1 de Tamaulipas. A estos nombres se suma el de Eruviel Ávila, expriista y antiguo gobernador del Estado de México, quien será diputado del Verde por la vía plurinominal, y el de Raúl Bolaños

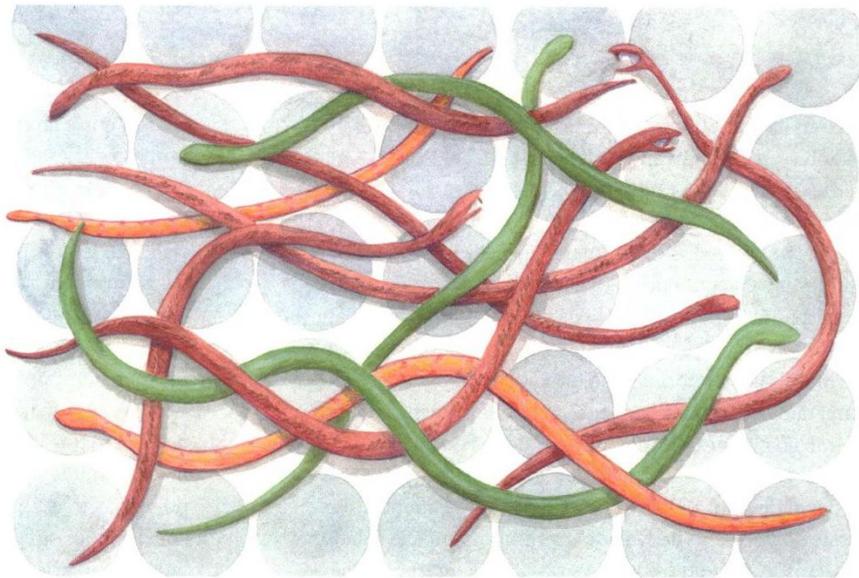


Cacho, hijo del exgobernador priista de Oaxaca Miguel Bolaños, quien lo será por la mayoría relativa.

En segundo lugar, hay que considerar que el Verde y el Partido del Trabajo sirven para que personajes afines a Morena que no alcanzaron una diputación por este partido tengan acceso a la cámara. Un ejemplo es la antigua candidata morenista a la gubernatura de Nuevo León, Clara Luz Flores, quien será diputada del PT. También está Francisco Guízar Macías, antiguo priista y dirigente de la Confederación Nacional Campesina (CNC), quien se incorporó a

Morena pero será diputado por el distrito 1 de Jalisco bajo las siglas del Verde. Otro ejemplo es Manuel Alejandro Cota Cárdenas, quien será diputado del Verde por el distrito 1 de Baja California Sur, pero quien está afiliado a Morena y es hijo de Leonel Cota Montaña, antiguo —y cuestionado— director de Seguridad Alimentaria Mexicana (Segalmex) y exgobernador del estado. Otras figuras del Partido Verde que merecen atención, y no sólo como ejemplos de nepotismo, son Julio Javier Scherer Pareyón, hijo del exconsejero jurídico de la Presidencia Julio Scherer Ibarra; Felipe Miguel Delgado Carrillo, hermano del antiguo presidente de Morena Mario Delgado; y José Antonio Gali López, hijo del exgobernador panista de Puebla José Antonio Gali Fayad. Es evidente que el Partido Verde ha llevado a la Cámara a personas con un fuerte capital político y económico, que responden a diversos intereses.

La diversidad de los perfiles de los diputados del Partido Verde y el Partido del Trabajo tiene una consecuencia importante para el arreglo de fuerzas del oficialismo: hace que su comportamiento en la Cámara sea poco predecible. La única manera de asegurar que uno u otro de sus legisladores no se salga del redil es con un correcto trato legislativo, que es precisamente lo que ofrece Monreal. ¿A quién le será fiel Luis Enrique Miranda? ¿Cómo será su relación con Eruviel Ávila? ¿Todo se tratará con Manuel Velasco, aunque él sea coordinador del Partido Verde en el Senado y no en la Cámara de Diputados? ¿O todo deberá ser con Jorge Emilio González Martínez, el Niño Verde, que fue grabado festejando que su partido rebasara en votos al Partido del Trabajo? El zacatecano dice tener la respuesta.



A todo esto hay que sumar los intereses de actores que en sentido estricto son ajenos a la Cámara, pero que buscan influir en su funcionamiento por considerar que las diputaciones les pertenecen. Uno de ellos es Mario Delgado, el antiguo presidente de Morena designado por Sheinbaum como secretario de Educación Pública y quien al parecer le cederá el liderazgo de su partido a Luisa Alcalde, la última secretaria de Gobernación de López Obrador. No cabe duda de que Delgado influyó en la designación de muchos diputados, ni tampoco de que quiere seguir influyendo en su agenda. Al cierre de esta edición, intentaba que el antiguo priista Fernando *el Diablo* Castro Trenti fuera nombrado vicecoordinador de la bancada de Morena. Aunque no lo consiguió, finalmente se seleccionó a Gabriela Jiménez, una de sus principales aliadas, para ocupar la otra vicecoordinación. Con esto, seguramente, se busca que tanto Los Puros como Delgado puedan ser un contrapeso de Ricardo Monreal.

Otros actores clave en la configuración de la Cámara son los gobernadores. En el distrito 11 de Veracruz, por ejemplo, triunfó el antiguo secretario de Salud del gobierno de Cuitláhuac García, Roberto Ramos Alor; en el distrito 15 de Puebla ganó María del Rosario Orozco, viuda del gobernador Miguel Barbosa, de quien está por verse si conservará algún tipo de incidencia en asuntos de Estado o si sólo se le reservó un lugar como diputada para guardar las formas. Aquí cabe destacar que los gobernadores dirigieron el Consejo Nacional de Morena para definir las candidaturas a la Cámara de Diputados. En fechas recientes, Mario Delgado anunció que dicho consejo sería renovado. Queda por ver si sus nuevos miembros



podrán ejercer control sobre los diputados o si los gobernadores preservarán su influencia.

Una resultado de estas pugnas internas es que la composición de las comisiones legislativas —especialmente de la Comisión de Puntos Constitucionales, la Comisión de Presupuesto y Cuenta Pública, y la Comisión de Vigilancia de la Auditoría Superior de la Federación— se ha vuelto aún más importante. ¿Quién presidirá la comisión responsable de impulsar las reformas constitucionales? ¿Quién se encargará de supervisar la cuenta pública? ¿Quiénes revisarán el trabajo de la Auditoría Superior de la Federación?

Y luego está la duda más grande de todas: cuál será el papel de López Obrador tras dejar la Presidencia. Pese a que su gobierno ha llegado a su fin, muchos legisladores morenistas —si no es que todos— lo siguen reconociendo en público y en privado como el líder auténtico de su movimiento. ¿Cuántos diputados no pensarán que le deben su curul al tabasqueño? ¿Cuántas complicidades ha cultivado el expresidente con los verdaderos jefes de los diputados para influir más en ellos? ¿Cuántos diputados oficialistas serían capaces de resistir un llamado desde La Chingada?

Si Sheinbaum quiere mandar en la legislatura, necesitará, en primer lugar, operadores eficientes en la Cámara de Diputados y en la de Senadores, y al parecer ya eligió para esta misión a Ricardo Monreal y a Adán Augusto López. La incógnita es si su fidelidad está garantizada; si le tendrán suficiente respeto; si establecerá con ellos un nivel importante de complicidad para que operen en favor de sus designios o si buscará deshacerse de ellos lo antes posible.

En segundo lugar, tendrá que asegurarse de que sus aliados se entiendan entre ellos, pero no al grado de que se sientan tentados a conspirar juntos en su contra. Monreal cuenta con el apoyo de la gente de Ebrard y de Adán Augusto, pero ¿a cambio de qué? ¿De qué manera pueden beneficiarse los otros dos de su alianza con el zacatecano? ¿Hasta dónde llegará la complicidad entre los tres aspirantes desairados a la candidatura presidencial morenista? ¿Ya habrán olvidado las afrentas que sufrieron en ese proceso? Sospecho que Sheinbaum se hace estas preguntas con frecuencia. En tercer lugar, la nueva presidenta debe considerar la enorme capacidad de chantaje y de veto que ostentan los diputados del Partido Verde y del Partido del Trabajo. Es cierto que ambos partidos ya están bien pagados con la cantidad de curules que recibieron como miembros *junio* de la coalición, pero también es cierto que en sus bancadas conviven muchos intereses antagónicos y algunos oscuros, y que la

alianza entre ambos y Morena tiene que reforzarse de forma constante. ¿Esa tarea depende de Monreal o tendrá que tratarlo directamente Sheinbaum con los dirigentes de esos partidos? ¿Son los partidos satélites aliados potenciales de la presidenta a la hora de controlar al zacatecano o serán una incomodidad permanente?

En cuarto lugar está la unidad de Morena. ¿Logrará la nueva presidenta mantener unidos a todos los grupos que componen a su partido? Si el sector de Los Puros —ése que no permitió que Omar García Harfuch, favorito de Sheinbaum, fuera candidato a la Jefatura de Gobierno— se siente agraviado en la repartición de puestos políticos en la Cámara, ¿preparará otro motín? ¿Cuentan con el poder suficiente para hacerlo? ¿Qué pasaría si López Obrador se vale de su autoridad moral como fundador del partido para aliarse con ellos o con alguna otra facción morenista? ¿De este modo podría ejercer un poder de veto, no menos potente por ser informal, para evitar que su sucesora lleve a cabo su propia agenda, en lugar de limitarse a darle continuidad a la suya?

Dicho todo esto, existe una posibilidad que podría transformar el sistema político mexicano: que la presidenta Sheinbaum acepte compartir el poder con López Obrador, e incluso que permita que la voluntad de éste prevalezca sobre la suya. Aunque me inclino a pensar que la naturaleza del poder llevará a Claudia Sheinbaum a impulsar su agenda por encima de los intereses de su predecesor. Fuentes cercanas al partido me han señalado que, hasta el momento, casi todas las decisiones que definirán el inicio de su mandato fueron orquestadas por López Obrador. A decir de esta fuente, muchos en Morena consideran que Sheinbaum es la “más devota e ideologizada seguidora del tabasqueño”. De ser este el caso, la Cámara de Diputados seguirá obedeciendo a un poder vertical, sólo que ese poder tendría su sede no en Palacio sino en La Chingada.

No hay duda de que la estructura de dominación política de nuestro país está cambiando. Pero aún no sabemos si perdurará la concentración de poder en la Presidencia de la República a la que nos hemos acostumbrado, si aumentará la influencia de otros actores de la coalición gobernante o si el máximo poder de decisión seguirá en manos de López Obrador. Por el momento, el poder de los que levantan la mano se antoja lo bastante grande como para preocupar a la primera presidenta de México. ●

HUGO GARCÍAMARÍN

Doctor en Ciencias Políticas por la UNAM y director

de la *Revista Presente*



LITURGIA

*Con Sheinbaum***NUEVO CICLO**POR **TEODORO BARAJAS RODRÍGUEZ**

Este próximo primero de octubre inicia la gestión de la presidenta Claudia Sheinbaum con muchas expectativas que se han construido, en algunos se guarda un optimismo razonable, en otros cierta desconfianza; al final del día se trata de meras especulaciones porque apenas se estrenarán los albores del sexenio.

El que una mujer encabece por vez primera la titularidad del Poder Ejecutivo es un hecho destacado porque jamás sucedió algo ni remotamente similar en dos siglos de república, una nación patriarcal en donde las mujeres emitieron su voto a partir de los años 50, en fin, se registran esperanzas de un gobierno con una visión incluyente.

Ahora que ya si nos adentramos en las asignaturas pendientes sin duda destacan algunas que se ven a flor de tierra, es obvio que un problema grave que no disminuye ha sido la violencia desatada como sucede en el último mes en Sinaloa ante la confrontación entre bandas del crimen organizado.

En un alto número de entidades federativas la

incertidumbre inoculada por el crimen se advierte enseguida, desplazamiento de personas, la extorsión, hablamos de ilícitos que propician la descomposición social. Se trata de una narrativa que refleja el grado tóxico de nuestra realidad, eso es indiscutible.

Habría que revisar el pacto social, en cualquier modelo político y económico de los estados modernos lo primero que se debe garantizar es la seguridad para generar cambios y apuntalar las inversiones. Al final la seguridad va de la mano de lo que denominamos estado de derecho.

También habría que observar cuál será la relación de la presidenta con su partido Morena, se trata de una organización no tradicional porque más que una agrupación partidista es un amplio movimiento social que tuvo como gran fortaleza al saliente mandatario Andrés Manuel López Obrador.

En otros sexenios, por ejemplo en los que gobernó el Partido Revolucionario Institucional, no había una diferenciación entre partido y gobierno, porque realmente se trató de un bloque simbiótico. Se trató del PRI-gobierno, fueron también los tiempos en que desde las instancias oficiales se organizaban las elecciones, se trataba de ser juez y parte, fue la maquinaria del Leviatán a la mexicana.

En la presidencia de Ernesto Zedillo Ponce de León, quien inusualmente regresó hace unos días a la opinión pública, el mandatario hablo de la sana distancia entre partido y gobierno, más allá de las promesas el PRI fue derrotado en el año 2000.

La presidenta Sheinbaum tiene una formación académica como investigadora, ha tenido estancias académicas en el extranjero, fue activista en sus tiempos de estudiante universitaria, nunca militó en el Partido Revolucionario Institucional.

La clase política vende expectativas, en nuestro país tenemos fortalezas y debilidades, polarización y visiones encontradas que son producto natural si atendemos que somos un país diverso en donde no cabe el pensamiento único.

Ya habrá en su momento mucho que decir de la nueva administración, la paz con justicia y dignidad debe ser una búsqueda permanente para establecer otras formas de convivencia social que puedan combatir el flagelo de la inseguridad.☹



EDITORIAL

FINGE QUE SE VA

El 1 de octubre no habrá cambio de poderes. La protesta de Claudia Sheinbaum será un mero acto teatral. La ceremonia en San Lázaro, un montaje más de un sexenio que no llegará su fin. López Obrador finge que se va, cuando en realidad va a iniciar el otro Maximato: El Obradorato.



BEATRIZ PAGÉS

El “mesías” no se va. Lo ha dicho de distintas maneras. Que no hayamos logrado leer o darnos cuenta de sus dobleces es otra cosa. Con el ungimiento de su hijo Andrés López Beltrán en la Secretaría de Organización de Morena no está diciendo con toda claridad a los mexicanos: seguiré en el cargo.

El mandato de López Obrador fue un acto de gesticulación. No construyó un gobierno, montó una farsa. Fingió ser demócrata para dejar sembradas las semillas de una dictadura. Fingió ser honesto y usó la corrupción para acrecentar su poder. Fingió que le interesaban los pobres, les dio trato de “mascotas” y electoralmente los explotó.

Y nos está avisando de algo peor. Que, al tener el control del Poder Ejecutivo, Legislativo, Judicial y del Ejército, México ya es una tiranía heredable y el poder un negocio personal. El nombramiento de “Andy” es simplemente la confirmación de que Morena –hoy dueña del aparato político del país– es una empresa familiar.



Una empresa con alto rendimiento político y económico que logró llevar a la Presidencia de la República a una mujer que seguirá en el cargo siempre y cuando demuestre absoluta lealtad y se ciña escrupulosamente a las reglas del obradorato.

Una empresa donde el dueño – López Obrador – sólo permitió a Claudia Sheinbaum, mera administradora de la herencia, nombrar a uno que otro empleado en el gabinete. Las posiciones estratégicas se dieron a quienes provienen de las lealtades y complacencias que se han gestado en el útero del caudillo.

Entre López Obrador y Claudia Sheinbaum hay un pacto con la marca de la casa. Ella fingirá ser presidenta y él fingirá que se va. De cualquier forma, el tabasqueño dejará, por si las dudas, el terreno blindado. No vaya a ser que ella aspire a ser independiente.

El tabasqueño se aseguró de poner cadenas y grilletes a la sucesora. El Congreso, las gubernaturas, la estructura del partido, el gabinete, los votos, la popularidad, son de él. Y no solo eso: se aseguró de dejar a la futura presidenta un país descompuesto, al borde del estallido.

¿Por qué? Porque la inestabilidad le garantiza seguir como un factor imprescindible de influencia y control. No quiere una presidenta exitosa, autónoma, necesita una mandataria envuelta en conflictos, rebasada por la inestabilidad para que siga dependiendo de él.

La pregunta que pulula por los rincones de la nación es si ella, Sheinbaum, será la primera víctima del Obradorato, como lo fue Emilio Portes Gil, Pascual Ortiz Rubio y Abelardo L. Rodríguez. Todos ellos sólo presidentes por dos años. ☹

CON EL UNGIMIENTO DE SU HIJO ANDRÉS LÓPEZ BELTRÁN EN LA SECRETARÍA DE ORGANIZACIÓN DE MORENA NO ESTÁ DICRIENDO CON TODA CLARIDAD A LOS MEXICANOS: SEGUIRÉ EN EL CARGO.

